

ARTHUR CONAN DOYLE

La saga del profesor Challenger

Conan Doyle cultivó otros géneros al margen del relato policiaco que le dieron también cumplida fama. Uno de ellos fue la ficción científica y de aventuras, para cuyos textos creó también un personaje mítico, el profesor Challenger, paradigma del científico que apoya sus teorías en la experimentación directa. Es un sabio moderno, cima de la cultura civilizada, pero con la estampa de un homínido prehistórico, al que le cuesta poco ponerse iracundo. Y si Holmes tiene a su Watson, Challenger tiene al triste y escéptico profesor Summerlee para ponerlo en vereda.

El mundo perdido

por José Agustín Mahieu*

Hay personajes en busca de autor, como los admirables fantasmas de la obra teatral de Pirandello; pero hay otros, también nacidos de la fantasía y la imaginación de los escritores, que empiezan a vivir una historia propia y parecen liberarse del albedrío de sus creadores. Son héroes universales, que hechizan a los lectores de todas las épocas y todas las edades, que se escapan de los límites del libro y andan por el mundo como compañeros de andadura en la existencia. Uno de ellos fue Sherlock Holmes, prototipo de detectives, modelo de deducción científica y espíritu lógico y racional. Su fama universal ha tenido el efecto, no tan raro como parece, de eclipsar la figura de

su autor. Tal como sucede, en un plano menos absoluto pero igualmente elevado a la condición de mito universal, con el Quijote de Cervantes.

Cultivador de diversos géneros

A nivel popular, Sherlock Holmes sigue vivo; turistas y corresponsales llegan o escriben cartas al número 221 de Baker Street, y en su mayoría ignoran quién es Sir Arthur Conan Doyle. Y menos saben que posee una obra literaria considerable y completamente diferente al género popular que consolidó definitivamente: la novela policiaca.



MARGARITA CUESTA-PAMIES. EL MUNDO PERDIDO, ANAYA, 1981.

Dentro de ese extenso bloque de novelas y relatos hay sectores muy diversos. La novela histórica fue su género predilecto, pero oscurecido por su éxito policiaco. Ya se han citado algunas de ellas, como *Michael Clarke* (1889), *La guardia blanca* (1891) y *Las hazañas del Brigadier Gerard* (1896), que se desarrolla en el marco de las guerras napoleónicas, un tema que fascinaba al autor. *Rodney Stone* (1896), una novela que generalmente se incluye entre sus obras históricas, pero que más bien es un cuadro vívido y fascinante de la Inglaterra previctoriana, con especial atención al boxeo, que describe en sus comienzos con notabilísima penetración. Todas estas extensas narraciones tienen un estilo decididamente decimonónico, en los moldes de la gran novela victoriana fijada por Dickens.

Conan Doyle practicó el ensayo histórico-político, como en *La gran guerra bóer* (1900) y llevó a la novela su defensa de la presencia inglesa en África con *La tragedia del Korosko*. Pero aún menos conocida es su incursión en el teatro: *The Story Waterloo* (*La historia de Waterloo*) (1900), que antes se llamó *Strangler of «15»* (*Un rezagado del «15»*) era una incursión en el tema que lo apasionaba: las guerras napoleónicas. Ya nadie la recuerda, pero en su época significó uno de los mayores éxitos para el legendario actor Sir Henry Irving.

Junto a esa producción de literatura «seria» y un poco solemne, Conan Doyle practicó, además de sus famosos relatos policiacos, el cuento de misterio y terror (tan tradicional en la literatura inglesa) y una serie de novelas de ficción científica y aventura, que es la que nos interesa especialmente aquí, porque dentro de esa gama de historias se destaca *El mundo perdido*, como una verdadera obra maestra del género.

En esta novela (publicada en 1912) se inicia una especie de «saga» dedicada a un nuevo personaje, el profesor Challenger, quizás imaginado por Conan Doyle para borrar o suplantar a este fastidioso e invasor Sherlock Holmes, que tantas veces trató de eliminar de su trabajo literario. El pintoresco y jocundo Challenger es la encarnación del científico descubridor y audaz de la era mo-

derna: escéptico, brillante analista, descubridor de nuevos campos para la investigación. El autor lo dota también con rasgos excéntricos y originales: es un polemista temible, de carácter irascible y orgullo inconmensurable, con características físicas impresionantes; «un cerebro superdotado en un cuerpo de hombre de las cavernas».

El ciclo de novelas y relatos que tienen como protagonista al profesor Challenger pertenece al género de aventuras, en pureza, con matices que participan de la literatura fantástica y la anticipación científica. Ambos sectores habían sido explotados por Ridder Haggard (*Ella y Ayesha*) y por H.G. Wells con su *Guerra de los Mundos*. Pero Conan Doyle no se apoya en la fama nostálgica y medieval, que daría lugar, décadas más tarde, a la tendencia «Sword and Sorcery» (la fantasía heroica) ni en la ciencia-ficción o —dicho con más propiedad— la anticipación científica. Conan Doyle concibe una serie de relatos donde la pura aventura se combina con una hipótesis fantástica pero científicamente convincente.

Pura aventura con hipótesis fantástica

La primera obra de esta serie es la que nos ocupa *El mundo perdido*. *La atmósfera (zona) envenenada*, *Cuando la tierra lanzó alaridos* y *La máquina desintegradora* (relatos cada vez más breves, el último con la extensión de un cuento) continúan la saga del profesor Challenger con una inventiva feliz y un personaje tan atractivo y vigoroso que podría haber rivalizado con el sutil Sherlock Holmes, si no fuese porque el autor lo condujo (en *El país de las nieblas*) a un plano más esotérico, más cercano al ensayo que a la novela, sin duda contradictorio con la personalidad progresiva y científicista del sabio antropólogo. Como testimonio de la orientación del personaje, Conan Doyle pone en sus labios estas palabras definitorias: «La ciencia persigue el conocimiento. Nos lleve donde nos lleve, nosotros debemos ir en su busca. El saber de una vez para siempre lo que nosotros somos, por qué existimos y dónde nos encontramos,

¿no constituye por sí misma la más grande de todas las aspiraciones humanas?». Y sin embargo, ya despunta en el autor una preocupación metafísica: «No, Summerlee, no acepto su materialismo —dice Challenger a su amigo y rival científico en *El mundo perdido*—, porque yo al menos soy una cosa demasiado magnífica para diluirme en simples elementos físicos, en un puñado de sales diversas y en tres cubos de agua. Aquí..., aquí —y al decirlo se golpeó la voluminosa cabeza con el puño enorme y velludo— hay algo que se sirve de la materia, pero que no es la materia. Algo que es capaz de aniquilar a la muerte, pero a lo que la muerte no podrá aniquilar jamás.»

El mundo perdido se plantea la supervivencia de especies prehistóricas en el mundo actual (algo que imitarán más tarde muchas películas, como *King Kong*) con la hipótesis de que han hallado un medio favorable dentro de una comarca aislada del resto de la Tierra. Dos escenarios alternan en su historia: la gran ciudad civilizada, animado centro del primer acto de la aventura, a partir de la irónica y vivaz escena de la asamblea científica, donde el profesor Challenger lanza su desafío a los escépticos colegas; luego la expedición que debe probar sus afirmaciones, que se desarrolla en el marco grandioso de las selvas amazónicas y que conducirá a los héroes a una tierra ignota y aislada. La maestría de la introducción, atravesada por el humor ácido de las polémicas entre hombres de ciencia, corre pareja con la capacidad del autor para ir fijando los vívidos rasgos de sus personajes.

El centro es el profesor Challenger, paradigma del científico que une la visión teórica y la experimentación directa. Conan Doyle lo dibuja en forma algo sardónica: el sabio moderno, universal, cima de la cultura civilizada, está dotado de una envoltura casi grotesca, semejante a un homínido prehistórico... A la desmesura física, el autor añade una arrolladora potencia mental y un orgullo también gigantesco; un carácter flamígero capaz de estallar ante la menor provocación de los pigmeos intelectuales que según él lo rodean. Su mayor ira suele descargarse sobre los periodistas.

A esta figura, Conan Doyle opone, en efectiva y humorística dinámica narrativa, el profesor Summerlee, su opositor científico. Summerlee es magro, triste y

escéptico; descreo de todas las teorías del rabelesiano y visionario Challenger.

Dos personajes completamente distintos sirven de sabio balance de la narra-

ción. Uno de ellos es Lord John Roxton, el casi tópico caballero británico: *sportman*, cazador, rico y refinado, adicto a las más azarosas aventuras. Edward D. Malone completa el cuarteto y asume el papel de relator. Es periodista, joven e irlandés, dotado de cierta ingenua y sencilla dosis de romanticismo, junto a un discreto buen sentido. Se asemeja un poco al doctor Watson y, como él, se aplica a reflejar las aventuras de sus brillantes compañeros.

La prodigiosa odisea entre las fieras monstruosas y los increíbles peligros que los acecharán en la misteriosa meseta prehistórica, culmina en el regreso a la civilización... Una nueva y tumultuosa asamblea científica asistirá a la sorpresa final que les reserva Challenger para probar sus fantásticas tesis. Entonces puede comprobarse que la amena y regocijante narración, aparentemente sencilla, tiene una estructura infalible y perfectamente afinada: las dos grandes asambleas, de polémicas y combates dialécticos entre sabios y público, sirven de ejes a la prodigiosa aventura del mundo perdido.

Setenta años después de su aparición, *El mundo perdido* crece ventajosamente después de un largo olvido. La aventura es su signo fundamental, acompañada de una sutil reflexión humana que no pesa sobre su acción incesante e imaginativa, que lleva al lector a devorar sus páginas hasta el final. El humor es otra de sus constantes, animando cada episodio amable o terrorífico. Como todas las obras realmente originales, *El mundo perdido* supera el encasillamiento de los géneros y las modas, y por eso puede subyugar de nuevo a toda clase de lectores: jóvenes y maduros, sofisticados o sencillos. El mismo autor definía en cuatro versos su simple y perdurable filosofía artística:

«He forjado mi simple plan
si doy una hora de alegría
al muchacho que es a medias un
hombre
o al hombre que es muchacho a
medias.» ■

* José Agustín Mahieu es autor de este texto que se publicó como apéndice en *El mundo perdido* (Anaya, 1981).



MARGARITA CUESTA-FAMIES, EL MUNDO PERDIDO, ANAYA, 1981.